

sado, como en triunfo, parages en donde hasta el último debiera haber perecido. Pero ¿qué extraño es esto siendo público y notorio que hace ya largo tiempo que vd. está vendido à Espartero?

«Pero no crea el traidor Maroto que los batallones 5.º y 12.º sean los últimos que levanten el grito de *viva el rey y muera Maroto*: no; este ejemplo será seguido por todos los verdaderos realistas, y en especial por los denodados navarros. Sus obras lo demostrarán así.

«Me admira que un impío se atreva á hablar de religion, cuando todos los actos de su conducta prueban que vd. es su mayor enemigo.

«Pero yo, mis mayores amigos y todos los oficiales y soldados, estamos penetrados de la obligacion que nos impone nuestra conciencia de defender hasta el último suspiro al rey y la religion, y no consentir nunca una humillante transaccion, con los principios que nos propusimos defender, y confiamos en que el pueblo apoyará nuestros votos y deseos.»

«Es de vd. servidor, etc.

Juan de Echeverria.

«Santistevan 26 de agosto de 1839.»

El 27 ocurrió una circunstancia bastante importante, y tal, que sino tuviese las pruebas de ella en mi mano, hubiera dudado mucho publicarla.

Aldave, gefe de la linea de la frontera, previno al capitán Lanz, gobernador de Vera, que habia tomado parte en el alzamiento de los batallones, que descaba tener una conferencia con él para manifestarle las intenciones del general Elío. Lanz pasó al punto indicado con dos oficiales del 5.º, y Aldave le dijo que Elío le habia encargado pusiese en su noticia que tenia 12 batallones navarros y la caballería del mismo reino, y que estaba pronto á declararse contra Maroto, á condicion de que la Navarra quedase independiente. Lanz y sus compañeros contestaron «que no querian independencia, que los batallones 5.º y 12.º estaban decididos á defender á su rey en la plenitud de sus derechos, derramando para ello hasta la última gota de su sangre.»

Sin acusar á Elío de duplicidad en sus relaciones con D. Juan Echeverria, y los sublevados, no se puede menos de concebir algunas sospechas contra él cuando se le vé entrar en conferencias secretas contra algunos de los gefes de la insurreccion, y despues darles órdenes oficiales como comandante general de Navarra, para que cubran algunos puntos que les designa, probando de este modo que no los considera como rebeldes contra la autoridad de D. Carlos, sino al contrario, como vasallos sumisos y soldados disciplinados y obedientes; y por otra parte se le vé, de acuerdo con sus amigos, esparcir rumores absurdos respecto á estos batallones, é in-

disponer contra ellos el ánimo de la princesa de la Beira, atribuyéndoles las intenciones más infames y criminales.

Si la insurrección se hubiese limitado á los batallones 5.^o, 12.^o y 3.^o, se hubiera podido creer con razón que no representaba sino la opinión de una parte muy corta del ejército, pero no era así. Además de la adhesión que envió á D. Juan Echeverría la mayor parte de los batallones navarros, la guardia real compuesta de jóvenes de las familias más influyentes de las provincias y de Navarra, profesaba los mismos principios que los sublevados, y estaba dispuesta á tomar las medidas más activas contra los marotistas, si D. Carlos se lo hubiese mandado; en términos de que las personas empleadas en el cuartel real llegaron á tener tal miedo de las disposiciones hostiles que la guardia manifestaba contra ellas, que nada omitieron para ver si podían disolverla, ó por lo menos mudar todos sus comandantes.

El 28 llegó D. Carlos á Iraizos, y aquella misma tarde se supo que los oficiales y sargentos de los batallones sublevados habían manifestado á D. Juan su intención de marchar contra el cuartel real, y que había costado muchísimo trabajo á D. Juan el disuadirles de su intento.

El día siguiente 29 á las siete de la tarde, habiéndose reunido la guardia real de infantería y caballería enfrente de palacio, se presentó don Carlos, acompañado de su hijo, del P. Cirilo, de

los generales Eguita, Villareal, y Valdespina, y de los señores Erro, Otal y Juras Reales, y dirigiéndose á los soldados de la guardia les dijo: «He sabido con extremo sentimiento que mi guardia, que debe dar á todo el ejército el ejemplo de obediencia y subordinación, pues que le está confiada la seguridad de mi real persona, se manifiesta enemiga de los que me rodean, y propala contra ellos amenazas muy criminales. Vuestro rey os pregunta si puede contar con vosotros para su defensa y la de sus servidores, en caso que los batallones sublevados viniesen al cuartel real.» La guardia real contestó que estaba dispuesta, entonces como siempre, á morir en defensa de su rey.

Al retirarse D. Carlos mandó á los comandantes Arellano y Zárate que se presentasen en palacio á las ocho, y que les daría audiencia. Presentáronse con efecto, y hallaron á D. Carlos rodeado por las mismas personas que antes, delante de las cuales les reprendió vivamente, diciéndoles que les hacía responsables con su cabeza de cualquiera desorden que pudiera ocurrir en el cuartel real.

Villareal, que muy mal disimulaba su odio á la guardia, se dirigió á los comandantes, y sin respetar la presencia de D. Carlos y de la princesa, les dijo: «sé de una manera positiva que la guardia real amenaza con la muerte á diferentes personas del cuartel real; y aconsejo á vds. que vigilen sobre sus soldados, porque si

oigo decir la cosa mas mínima, los haré fusilar á entrambos.»—«Nuestra conducta ha sido siempre honrada, respondieron los dos comandantes; somos militares y conocemos los deberes que este titulo nos impone. Jamas hemos faltado á la obediencia que se debe al rey, y á los gefes á quienes honra con su confianza, pero vd. no ignora, mi general, que hay individuos en el cuartel real, á quienes incomoda la fidelidad de la guardia, porque es un obstáculo para sus proyectos, y por consiguiente desearian verla disuelta y á nosotros fusilados. Saben que conocemos sus malas intenciones, nos tienen miedo y temen que quiera vengarse la guardia real; y por eso tratan de desconceptuarnos en el ánimo del rey; pero S. M. debe saber que la guardia le ha sido y le es siempre afecta, y que está dispuesta á verter hasta la última gota de sangre en su defensa.»

Aquel mismo dia recibió D. Juan una carta autógrafa de D. Carlos, con fecha del 26 en Lataza, en que le mandaba que obedeciese las órdenes que se le comunicáran por el comandante general y el secretario del despacho, al propio tiempo que le hacia responsable de cualquiera atentado que pudieran cometer los batallones sublevados contra la real familia, ó contra cualquiera persona del cuartel real. D. Juan respondió que el odio que los batallones habian concebido contra los hombres conocidos por sus opiniones marotistas, era tal, que de ningun modo

podia constituirse responsable de la conducta que los soldados observasen con respecto á ellos; pero en cuanto á su persona, serian siempre inalterables su obediencia y sumision á las órdenes del rey.

El 30 recorrieron los soldados las calles de Vera, gritando: «vamos al cuartel real y acabemos con los traidores marotistas.» D. Basilio García se metió en medio de ellos, no sin grande riesgo, y consiguió tranquilizarlos y hacerles conocer que con semejante conducta desobedecian á las órdenes del rey. Los soldados, cediendo á sus exhortaciones y á su firmeza, se volvieron á sus cuarteles, aunque siempre gritando: *viva el rey, mueran los traidores.*

El 31 avisó Elío á D. Juan, que habia tenido noticias de que la guarnicion de Irun iba á intentar una salida, por lo cual era urgente que los batallones 5.^o y 12.^o tomasen posiciones para cubrir á Vera y defender la frontera. Don Juan obedeció inmediatamente á las órdenes de Elío, y él se quedó en Lesaca con una sola compañía para conservar las comunicaciones con el cuartel real. Si Elío, que entonces debia estar ya convencido de los planes de Maroto, se hubiese declarado abiertamente contra los que le habian ayudado en la ejecucion de sus proyectos, los sublevados se habieran pueso inmediatamente á sus órdenes, incorporándose con el resto de los batallones de Navarra; pero la conducta ambigua de aquel general le hizo sospe-

choso, y creyeron que pertenecía al partido marotista y pretendia obligar á D. Carlos á que pasase á Francia.

Desde el 31 de agosto hasta el 3 de setiembre, todo permaneció en la frontera en el mismo estado, y varias personas pasaron por Vera para introducirse en Francia, sin que nadie les inquietase; entre otros el P. Gil, los jesuitas de Loyola, doña Pilar Fulgósio (á quien D. Basilio proporcionó escolta, en virtud de una orden que para ello envió D. Juan desde Santistevan), el brigadier Abaurre, el coronel Gordillo, y algunos otros oficiales.

El dia 4, el general Elío trasladó una orden al comandante del 5.º batallon, mandándole que dejase pasar libremente á cuántas personas quisieran refugiarse en Francia. El mismo dia pasó el comandante Aguirre con su hermano á casa de D. Basilio, y le dijo: « los oficiales y soldados de los batallones estan furiosos, pues aunque Maroto no está ya entre los carlistas, ven que la causa del rey va á peor cada dia, y que no se toma ninguna medida para reparar los males que la traicion nos ha causado; ven, por fin, que no era Maroto el único traidor, y que no lo son menos los que todavía rodean á D. Carlos. Aun se nos podria sacar del abismo en que hemos caido, y lejos de eso, cada vez nos metemos mas en él; por consiguiente estan resueltos á marchar al cuartel real. En tal caso prevéo grandes desgracias, y seria bue-

no que fuese vd. á ponerse de acuerdo con don Juan acerca de lo que debemos hacer.»

Con efecto, pasó D. Basilio á Santistevan y manifestó á D. Juan lo que habia, en presencia del general Arroyo y otros; se decidió que el dia siguiente volviese el general Garcia á Vera, y emplease todos los medios posibles para calmar los espíritus, y efectivamente lo consiguió aun aquel dia.

Don Juan llegó á Vera el 6 con intencion de pasar á Francia, en cumplimiento de nuevas órdenes de D. Carlos que le habia enviado la víspera el general Merino; pero los comandantes y oficiales de los batallones 5.º y 12.º se reunieron en junta, y decidieron ponerse en marcha el dia siguiente al rayar el alba hácia Lecumberri con 9 compañías, á fin de abrir los ojos á D. Carlos acerca de los peligros que amenazaban á su causa, y hacerle conocer la necesidad de separar de su persona y consejos á Eguía, Montenegro y otros. Despues del consejo pasaron á casa de D. Juan, á quien dieron parte de lo que habian determinado, y le rogaron igualmente que á D. Basilio, que se pusiesen á su cabeza. Uno y otro lo rehusaron, y emplearon las observaciones y los ruegos para hacerles desistir de su intento, pero fue en vano, pues se mostraron tan resueltos en la voluntad que habian manifestado de llevarlos consigo, que temiendo D. Juan y D. Basilio que se desearan arrastrar á algun esceso si no cedían, pro-

metieron seguirles, pero bajo la condicion de que observarian la mas estrecha disciplina, y obedecerian á todas sus órdenes.

El 7 á las seis de la mañana se pusieron en marcha las compañías; comieron en Santistevan, y pasando por Elorriaga, Iturzu, Zubieta y Zaldias, llegaron á las ocho de la noche á Arraras, que dista solas dos leguas de Lecumberri. Desde allí envió D. Basilio á Nuñez, ayudante de campo del general Uranga, á buscar al coronel Castillo que mandaba un escuadron de Castilla, y á rogarle que se reuniese á los batallones. Este paso tenia por objeto calmar la irritacion que se habia escitado en los navarros contra los castellanos, y el éxito coronó la buena intencion del general, pues los castellanos fueron muy bien recibidos por los batallones, y se pasó tranquilamente la noche á dos leguas del cuartel real.

Al rayar el dia salió Velasco para Lecumberri, segun habia convenido con D. Juan y D. Basilio, y tan pronto como llegó solicitó una audiencia de D. Carlos. Admitido á su presencia le dijo que iba enviado por los batallones 5.º y 12.º para asegurarle de su afecto y fidelidad, y rogarle que les permitiera presentarse en su presencia. Declaró que si los batallones se habian sublevado habia sido porque conocian la conducta de Maroto, cuyos proyectos les habia prohibido su lealtad favorecer; pero que Maroto no era sin duda el único perjuro, pues si

lo fuese se habrian tomado ya medidas energicas para prevenir las funestas consecuencias de su desercion, cuales eran la pérdida de la causa realista, y acaso la de la persona misma de D. Carlos. Acabó Velasco pidiendo á éste que tuviese á bien recibir á D. Juan y á D. Basilio, y pasar revista á los batallones. Don Carlos parecia muy dispuesto á conceder lo que se le pedia en nombre de los batallones, pero la princesa de la Beira se opuso á ello, diciendo que sabia que los sublevados querian asesinarla. En vano le hizo presente Velasco que la habian engañado los que tenian interes en impedir que D. Carlos conociese sus maniobras; en vano le dijo que injuriaba á D. Juan, á D. Basilio y á él mismo, cuando los servicios que habian hecho á D. Carlos y el testimonio de una vida honrosa, debian ponerlos á cubierto de toda sospecha; en vano se arrojó á sus pies rogándole que no contribuyese á su propia ruina; todo fue inútil, y tuvo que retirarse sin haber conseguido nada.

La antecámara estaba llena de gente, que proferia los mas groseros insultos contra don Juan, D. Basilio y los batallones. Velasco tomó su defensa, pero la discusion se acaloró, y Villareal le amenazó con que le haria fusilar acto continuo. Velasco salió de palacio y se fue á casa de un amigo, esperando que D. Carlos lo reflexionaria mejor y le llamaría; en efecto, fue así, porque poco despues vinieron á buscarle,

pero Velasco respondió que no reconocia que aquel fuese el palacio del rey, pues mas bien se habia creído en una taberna, y que no podia volver sin riesgo á un parage donde le habian insultado y amenazado. A corto rato le envió á decir D. Carlos que si los batallones y sus gefes hacian una esposicion sumisa y moderada en que le espusiesen sus deseos, estaba pronto á recibirla.

Al momento que Eguía supo que se aproximaban los batallones, mandó formar los alaveses y el batallon Cantabro. Habiéndosele presentado en la plaza el comandante de la guardia real, le insultó, diciéndole que iba á mandarlos fusilar á todos; y aunque el comandante protestó que estaba siempre dispuesto á obedecer á las órdenes del rey, le mandó Eguía que entregase el mando de su batallon á su segundo D. Pio Luis de Berrueta. El comandante se dirigió á palacio é informó á D. Carlos de lo que acababa de pasar, y este le dijo que continuase con el mando, que él se encargaba de hablar á Eguía (20). Un batallon alaves se colocó frente á palacio, y Villareal mandó cargar las armas, y en seguida dispuso que la guardia formase delante de la puerta, prohibiéndole que cargase sus fusiles; por fin colocó la última compañía del batallon detras de la guardia, que no pudo menos de inquietarse al observar estas disposiciones, porque viéndose colocada entre dos fuegos creyó que se trataba decididamente de sacrificarla.

Mientras esto pasaba en Lecumberri, los sublevados se habian adelantado hasta Aldaz, á media legua de dicho pueblo; allí D. Juan y D. Basilio les mandaron hacer alto á fin de dar á Velasco el tiempo necesario para desempeñar su comision, mas las compañías se alborotaron diciendo que esta mision no tenia otro objeto que el de advertir á los traidores y dejarlos escapar. Don Juan les recordó sus promesas de obedecerle y no entregarse á ningun esceso, pero á pesar de todo fue necesario ponerse otra vez en marcha hasta dar vista á Lecumberri, donde hicieron nuevo alto. Algunos instantes despues se presentó Crespi, ayudante de campo del general Eguía, el cual venia á reconocer qué tropa era la que se acercaba, y de quién habia recibido órdenes para hacerlo, á lo que respondieron que eran algunas compañías de los fieles batallones 5.º y 12.º que venian á rogar á D. Carlos que arrojase de su lado á los que le vendian, y que esperaban las órdenes del rey, á quien habian enviado un diputado. Crespi se retiró, y á corto rato llegó Velasco, trayendo la respuesta de D. Carlos.

En tanto que se escribia la esposicion que pedia D. Carlos, volvió Crespi adonde estaban las tropas, y les mandó que se retirasen á sus acantonamientos si efectivamente reconocian la autoridad del rey. Respondiéronle que estaban en comunicacion directa con D. Carlos, á cuya soberana voluntad estaban dispuestos á obede-

cer. Don Juan preguntó à Crespi, qué general era el que daba órdenes de aquel modo, y habiéndole contestado que Eguía, añadió: «Pues nosotros no obedecemos à Eguía, porque vende à su rey.» Crespi se retiró, y el comandante Castillo y otro oficial pasaron à palacio à saber la última voluntad de D. Carlos, mas antes que volviesen, D. Juan y D. Basilio hicieron retirar à sus tropas, porque vieron que Villareal hacía adelantar algunos batallones, maniobrando de manera que pudieran cojerles unos de frente y otros por retaguardia; mas queriendo evitar una coalision prohibieron à los soldados que disparasen un fusilazo, aun en el caso de que fuesen atacados, para no confirmar à la princesa en la idea de que venian à asesinarla.

Apenas empezaron la retirada, cuando los alaveses, que venian à la vanguardia, se unieron à la retaguardia del 5.º, gritando: *viva el rey; mueran los traidores: à Lecumberri, à echar de allí à todos los que venden al rey.* Don Basilio y D. Juan hicieron los mayores esfuerzos para contener à los soldados del 5.º, cuya resolucion se aumentaba al verse sostenidos por los alaveses à quienes habian enviado contra ellos, mas al fin pudieron conseguirlo y continuaron su marcha hasta Arraras, donde se detuvieron para pasar allí la noche. Los dos oficiales enviados por D. Juan y D. Basilio fueron recibidos por D. Carlos; pero Eguía, Villareal y Elío que se hallaban presentes, se en-

colerizaron de tal modo, amenazándolos con que los harian fusilar à ellos y à todos los soldados del 5.º y 12.º que encontrasen fuera de sus acantonamientos, que los dos oficiales tuvieron que retirarse sin ser siquiera oídos.

Don Carlos salió de Lecumberri el 8, con direccion à Elizondo. Al llegar à Iraizos, dijo Villareal al comandante de la guardia Zárate, que la voluntad de D. Carlos era que entregase el mando à su segundo: Zárate obedeció y estuvo privado de su empleo hasta el 11, que Villareal le mandó volviese à tomar la comandancia, que no se le habia suspendido sino por sospechar que estuviese en relaciones con don Juan y el 5.º, en cuyo caso se habia temido su influjo en la guardia.

El 9 por la noche llegaron los batallones 5.º y 12.º à Santistevan; D. Juan y D. Basilio arregaron à los soldados alabándolos por su obediencia y su buena conducta, y se escribió y envió à D. Carlos la esposicion.

El 10, habiendo vuelto ya todos à Vera, llegó à cosa de medio día el cura de Elizondo, à quien enviaba D. Carlos, para decir à don Juan, à D. Basilio y à los hermanos Aguirres, que deseaba que se volviesen à Francia, y que cuando los necesitase les haría venir à su lado, à lo cual respondieron todos que no tenían otra voluntad que la de su rey, y que estaban siempre dispuestos à obedecerle.

El 11 se reunieron los oficiales de los ba-

tallones, enviaron á buscar al cura de Elizondo, y le rogaron que dijese á D. Carlos en su nombre, que no permitirian que se ausentasen aquellos cuatro sugetos, y antes por lo contrario, deseaban que D. Carlos llamase á su lado á todos los que habian sido desterrados por Maroto. Añadieron que aunque no tenian gran confianza en Elío, le obedecerian sin embargo; puesto que tal era la voluntad de D. Carlos.

Don Juan y D. Basilio se acercaron á la frontera de Francia con la esperanza de poderla atravesar, pero era tal la vigilancia con que estaban los soldados para impedirles que desertasen de su causa, como ellos decian, que no pudieron efectuar su proyecto.

El 12 por la tarde recibió D. Juan la carta siguiente del vicario de Elizondo.

Elizondo 11 de setiembre.

A las once de la noche.

«Mi querido amigo: no he escrito á vd. inmediatamente, porque S. M. me habia dicho que me enviaria á llamar. Efectivamente acaba de llamarme, y me ha dicho que vd. y don Basilio podian dirigirle una respetuosa esposicion, escrita en terminos muy moderados, en que le pidiesen permiso para permanecer en España. S. M. dice que lo primero de todo es rechazar al enemigo, y que para esto debe reinar la mas estrecha union entre todos los carlistas,

y sobre todo entre las tropas que se hallan á las órdenes de Elío. S. M. autoriza á los Aguirres para que hagan igual peticion. En cuanto á la separacion de las personas que rodean á S. M., exigida por los batallones, no se presenta del todo mal, como tampoco el resto de los negocios.»

Soy de vd. afectísimo amigo y servidor

Juan Nicolas.

Los batallones sublevados recibieron orden de Elío para pasar á un punto que les señalaba, dejando en Vera una fuerza suficiente para defender la villa en caso de ataque. Los oficiales se reunieron, y se decidió que se obedeciese aquella orden. El 13 salieron de Vera los batallones con arreglo á la orden de Elío, dejando allí dos compañías para su defensa.

Aquel mismo dia entraron los cristinos en Santistevan, pasando por los puertos de Doña María y de Velate, que el comandante carlista habia dejado descubiertos por una negligencia bien culpable.

El 14, don Juan Echeverría, el general Garcia, Velasco y los batallones sublevados, entraron en Francia, terminando asi la insurreccion de Vera, que principió con la leal intencion de salvar la causa carlista y la persona de don Carlos, cuya huida á Francia realizó los justos temores de los desterrados y de los verdaderos realistas.

Los desterrados querían purificar el cuartel real y el ejército, querían limpiar esos nuevos establos de Augias, pero menos dichosos que Hércules sucumbieron en la empresa, no porque la justicia estuviese contra ellos, ni porque don Carlos se opusiese á sus deseos, sino porque habían alarmado y prevenido á la princesa de la Beira. Usando de un sistema de terror, se impidió á los verdaderos amigos de don Carlos que se pronunciasen abiertamente, y por medio del espionaje y la vigilancia se consiguió que la verdad no pudiese llegar hasta él. Las probalidades no eran iguales, pues los desterrados se hallaban en Francia, y los marotistas eran poderosos en palacio; así es que los primeros sucumbieron, mientras los segundos obtuvieron una completa victoria.

Un consuelo queda, sin embargo, á los que tomaron parte en la insurrección de Vera, y es que pueden presentarse en todas partes con la cabeza erguida, sin recurrir á la miserable excusa de haber sido engañados. ¿Pueden decir otro tanto los que dirigieron la causa carlista desde el mes de febrero de 1839? No. Ministros, generales, consejeros, han tenido que unirse para repetir el unánime pero falso grito de que fueron engañados por Maroto hasta el último momento.

Los enemigos de don Juan Echeverría y de don Basilio, no perdonan ningún medio de perjudicarles en la opinión pública; y para ello

les atribuyen los excesos cometidos por los batallones sublevados, acusándoles de haber permitido, y acaso de haber tomado parte en robos, asesinatos y otros; sin embargo, nada hay más falso, y los marotistas lo saben bien, pero convenia á sus miras decirlo así, y no han dejado de hacerlo.

Es cierto que los batallones sublevados, exasperados con lo que pasaba cada día, maltrataron y robaron á varios de los que creían partidarios de Maroto, ó á quienes acusaban de abandonar la causa de don Carlos porque los veían pasar la frontera; pero ¿quién puede hacer responsables á don Basilio de los excesos cometidos por los batallones? ¿Ha ocurrido á nadie de acusar á Espartero de complicidad en los asesinatos de Sarsfield, Mendivil, Escalera y otros? ¿Es responsable Mirasol de las vergonzosas escenas de Hernani? El mismo Maroto, ¿lo es de las atrocidades cometidas en Azcoitia por sus batallones favoritos? No por cierto. Pues al leer las páginas que preceden se habrán visto que don Juan Echeverría y don Basilio García, lejos de alentar los desórdenes, hicieron cuanto humanamente podían para evitarlos, aun arriesgando su vida. Así fué que hicieron pasar en secreto, para salvarlas del furor de los soldados, á varias personas cuyo odio á los desterrados era bien conocido. Pregúntense al capitán Goizueeta los pormenores de la misión que fué á desempeñar á Vera; que diga, sobre todo, quién le

envió, y entonces se conocerá la verdad, y podrán entregarse los criminales á la indignacion pública.

Y ¿quienes fueron los asesinos del general Moreno? (21) ¿Quién repartió dinero para que se cometiese aquel horrible atentado? ¿En dónde se refugiaron los asesinos con las manos manchadas aun en la sangre de aquel sincero amigo de don Carlos? ¿Fue en el campamento de los insurgentes? No; porque allí hubiera recibido el castigo que su crimen merecia. Sin embargo, ¡no ha faltado quien haya tenido la impudencia de atribuir aquel hecho á don Juan y á sus amigos!

¿Quiénes fueron los instigadores de los robos cometidos por las tropas de Guipúzcoa después de desordenadas, á las cuales debe atribuirse la mayor parte de los excesos cometidos? Ese es todavía un secreto, pero es probable que deje de serlo con el tiempo.

Don Juan Echeverría y don Basilio García, nada tienen que echarse en cara á sí mismos, porque su conciencia está limpia. ¿Pueden decir otro tanto sus acusadores?

CAPITULO IV.

Los vascongados españoles son uno de los pueblos mas originales, y acaso de los menos desmoralizados de Europa. Un gran número de ellos, mas bien por amor al trabajo que por necesidad, se embarcan para la América del Sur, donde han solido reunir considerables riquezas; mas á pesar de eso el amor á su pais natal existe siempre en ellos, sin producir no obstante el abatimiento y tristeza que suelen notarse en los emigrados de otras naciones; y aunque los vascongados desean mejorar su fortuna, jamás se